

¡Poco debía durar una obra que tenia en sí misma tan poderosos elementos de destruccion!

En Octubre de 1863, tomó el mando en jefe el general Bazaine.

Desde esta fecha tenemos que marchar en dos líneas paralelas, Kératry con su poema encomiástico al general francés, y yo con mi humilde relato rectificándolo.

La mision de Bazaine era muy clara: debia abrir la campaña electoral que forjando las actas intervencionistas que faltaban, calmaran los escrúpulos de Maximiliano.

Y aquí comienza lo que podiamos denominar *Bazeineida* de Kératry. Este escritor escribe en la primer hoja de servicios de su héroe, las primeras campañas contra las guerrillas que infestaban los alrededores de México.

Yo tambien á mi vez vertiré cuanta luz me sea posible sobre esa primer batida del general francés.

En el valle de México, en su lado Sur, hay una bosa gigantesca tendida de Oriente á Poniente, y formada por el enlace de tres sierras elevadas á una altura admirable, y vestidas en sus cimas de bosques de pinos envueltos siempre entre nubes.

El monte de las Cruces al Oeste, Ajusco en el centro, y al Este el monte de Huichilac, forman esa tricéfala cordillera.

Allí se han abrigado mil revoluciones, y cada una de sus rocas se ha teñido de sangre, y en cada uno de sus árboles se ha mecido el cadáver de un condenado á muerte, y en cada una de sus veredas se ha despojado al viajero ó se ha deshonrado á una mujer.

Allí está escrita una de las páginas mas sangrientas de la reaccion clerical.

Pero tambien allí se han abrigado los defensores de la independencia y de la libertad, sin que jamás hubiera sido posible derrotarlos ni capturarlos.

Bazaine comprendió el peligro de tener tan cerca fuerzas armadas, aunque irregulares, del ejército nacional. Y su alarma fué mayor al saber que el pueblo de Ajusco habia sido ocupado por los liberales.

El cuartel general organizó al momento una espedicion nocturna: la columna encargada de hacerla, tornó al dia siguiente sin haber logrado alcanzar, pero ni aun ver siquiera á los guerrilleros.

Pero la obra francesa quedaba consumada: una inmensa nube de humo se cernió durante todo el dia sobre la cima de Ajusco, y durante la noche esa nube se tiñó con los reflejos rojos del incendio.

Los franceses habian quemado el pueblo de Ajusco y el monte. Los habitantes que no tenian culpa alguna, quedaron sumidos en la miseria.

Desde la capital pudo contemplarse tal desastre, que aumentó mas la antipatía contra el ejército invasor.

Por fin se emprendió la campaña del interior.

El preliminar de ella fué la separacion de Labastida del consejo de la regencia.

La avidez y las intrigas del prelado, provocaban continuas divisiones en el ejecutivo, que entorpecian la marcha de la administracion, y llenaban de dificultades los proyectos de la intervencion.

Almonte, que ni era conservador ni liberal, sino el dúctil y complaciente instrumento de Napoleon, consintió en indicar al arzobispo que se retirara. Labastida obedeció el mandato, y hasta la guardia de honor que habia á la puerta del palacio arzobispal, desapareció por orden de Bazaine.

En los primeros días de Noviembre salieron las columnas espedicionarias para el interior.

El ejército francés se bifurcó, tomando uno de sus fragmentos el camino de Morelia y el otro el de Querétaro.

A la vanguardia de la primera de las columnas iba Márquez con su ejército vestido á la francesa. Mejía marchaba á la vanguardia de la segunda.

El país quedó ocupado desde San Luis hasta Morelia y desde México hasta Guadalajara.

Las autoridades imperiales que se iban nombrando para cada una de las poblaciones ocupadas cuidaron de levantar inmediatamente actas de adhesion en favor del imperio. Cuantos ercitores se han ocupado de la historia de la intervencion han juzgado ya del valor de esos documentos: hasta los franceses, como Kératry y Lefèvre, los califican de insuficientes para el objeto que se buscaba en ellos, y muchos de ellos ridículos, otros falsos y algunos contraproducentes.

Mas como lo que importaba era enviar muchos espedientes á Europa, se hizo la remision de los protocolos de reconocimiento de Maximiliano, á la comision mexicana que aguardaba en Paris.

Así se iba á obtener la aceptacion del archiduque.

Tengo que trasportarme de nuevo á Miramar; pero antes llenaré otro vacío que nos deja Kératry en su obra, viendo lo que hacia en aquella crisis el gobierno republicano.

VII.

Comenzó apenas á dividirse el ejército francés para ocupar el país, y cuando llegaba apenas á Querétaro, á sus costados, á su espalda y por todas partes se situaban fuerzas liberales molestando su atencion é interrumpiendo sus relaciones.

Porfirio Diaz, el jóven héroe que ha sabido adquirir un renombre europeo por su valor, su patriotismo y su modestia, se habia situado en Oajaca cruzando doscientas leguas casi de un país enemigo, y escapando de la persecucion que se le hacia, con su pequeño ejército, abriéndose paso con sus bayonetas.

La Sierra de Puebla, la Tierra caliente, Michoacan, Tamaulipas, por todas partes habia diseminadas fuerzas liberales que fatigarian la atencion del invasor.

Solo los gruesos cuerpos de ejército retrocedian conforme avanzaba la invasion, por haberlo dispuesto así el ministerio de la guerra.

Es que tambien el gobierno estaba dispuesto á retirarse: los ánimos impacientes condenaban esta determinacion y pedian que se librasen batallas, que se opusieran obstáculos á los invasores, que se les hicieran sufrir pérdidas que no

podrían reparar, que se jugara en fin el azar de un combate que acaso se lograría un triunfo.

No es fácil decidir, ante un futuro contingente, qué partido habría sido más prudente seguir; pero el patriotismo siempre tiene razón.

El gobierno del Sr. Juárez, que pulsaba todas las dificultades de oponer á un ejército superior y al cual abundaban los recursos, fuerzas inferiores y que comenzaban á perder la moral, opinó por que se dejara extender más al enemigo á fin de atacarlo cuando estuviese más débil.

Las tropas mexicanas, aun cuando había en ellas muy buenos cuerpos, distaban mucho de ser aquel brillante ejército de Oriente que había sucumbido con tanta heroicidad. Solo quedaban de él algunos jefes y oficiales que llenos de lealtad venían á presentarse á su gobierno, después de haberse escapado del enemigo que los tenía prisioneros.

Pero la tropa era reclutada por la leva y esto le daba muy poca fuerza moral. El gobierno, pues, no confiaba demasiado en las públicas demostraciones de entusiasmo cuando veía que sordamente cundía la desmoralización.

Además, la hora de angustia había llegado para la República, y dos de sus mejores generales, Llave y Comonfort, habían sido asesinados.

Prefirió el gobierno por tanto, ganar tiempo para utilizarlo en disciplinar sus fuerzas y darles más instrucción.

Tenia, además, que estar refrenando la discordia que comenzaba á estallar entre las autoridades liberales, y que vigilar la traición que se infiltraba por algunos puntos, enervando los actos del gobierno.

Cobos, por ejemplo, enviado por su partido, sorprendió el día 6 de Noviembre de 1863 el puerto de Matamoros, de acuerdo con alguno de los jefes de la guarnición: hizo prisionero al gobernador Ruiz y proclamó un plan intervencionista.

D. Juan N. Cortina salvó afortunadamente la plaza, aprehendiendo á Cobos y fusilándolo juntamente con Vila, su secretario, en el lugar llamado la Laguna, en la orilla de la población.

El suelo de la República vacilaba estremeciéndose con los pasos del ejército invasor, que avanzaba por todas partes: la tempestad se aproximaba.

El gobierno tuvo al fin que abandonar á San Luis Potosí el día 22 de Noviembre de 1863, dirigiéndose para el Saltillo.

Pero no quiso retirarse sin ensayar un último esfuerzo: se dió orden á los jefes de los cuerpos de ejército mexicano para que atacaran las vanguardias de las columnas intervencionistas.

El 17 de Noviembre cayó Uraga sobre Márquez que ocupaba á Morelia. El ataque fué vigoroso, pero desgraciado, y las fuerzas liberales fueron rechazadas apesar de que habían penetrado hasta la plaza. Apesar de todo, Uraga cañoneó las fortificaciones de la ciudad hasta el día 19, que se retiró al fin, al saber que venían los franceses en auxilio de la plaza.

Pocos días después fracasaba el ataque de Negrete intentado contra Mejía en la ciudad de San Luis.

La República no podía luchar por entonces contra su mala fortuna que le volvía la espalda arrancándole la victoria de entre las manos.

Uraga se retiró á Sayula y Negrete fué en posesión del gobierno.

Peró nuevos trastornos venían á complicar la situación. En Matamoros tuvo lugar un movimiento local, en virtud del cual Ruiz tuvo que abandonar la ciudad, quedando encargado del mando de la plaza Cortina, quien continuaba protestando su adhesión á la República.

Los franceses seguían avanzando: delante de ellos venía la traición preparándoles el terreno.

Vidaurri comenzaba á hacerse sospechoso.

Apenas se anunció que el gobierno federal se trasladaba á Coahuila espidió una proclama contra lo que llamaba el desbordamiento de los pueblos del centro sobre su Estado, llamando vándalos á las tropas nacionales.

Ya esto habia tenido el precedente del asesinato del gobernador Villanueva, consumado por fuerzas de Vidaurri. Este tambien echaba mano de los fondos públicos, negándose á devolverlos.

Entónces el gobierno nacional avanzó sobre Monterrey escoltado por la division de Guanajuato, que mandaba el general Doblado. Despues de mil tropiezos, llegó á las orillas de la ciudad el Sr. Juarez y sus ministros.

Vidaurri, con el pretexto de hacer la salvá de honor para recibir al gobierno, se habia apoderado de la artillería de la division de Guanajuato.

Doblado comprendió que iba á estallar un conflicto, y puso su tropa sobre las armas. Pero Juarez no desmintió su valor, y entró á la ciudad procurando en vano un avenimiento con Vidaurri. Este llamó á su lado á la brigada Hinojosa, y cuando llegó, se puso frente á frente del gobierno, intimando á este que hiciera salir á la division de Guanajuato, ó que la batiria.

El gobierno tuvo que ceder á la fuerza, porque le faltaba la artillería, y salió con sus fuerzas. Ya subia Juarez al coche de viaje, cuando se le presentó Vidaurri, manifestándole no haberlo hecho antes por miedo, y suplicándole que permaneciese el gobierno, pero solo.

¿Qué meditaba la alma siniestra de ese hombre?

El Presidente salió para el Saltillo.

Vidaurri se pronunció el dia 16 de Febrero á favor de la intervencion, é intentó echar á Quiroga sobre el gobierno, deseando hacerlo prisionero.

Pero las fuerzas nacionales se agruparon en torno del

poder nacional, y Vidaurri aterrado y no logrando que se aceptaran los arreglos que proponia, se fugó en la noche del 25 de Monterrey.

Libre ya el gobierno de este conflicto inmediato, procedió á organizar de nuevo sus tropas, formando tres nuevos cuerpos de ejército: pero ya veremos que la suerte seguia siéndole adversa.

Ya que hemos seguido á la República en ese camino de abrojos, sembrado de túmulos como las vías romanas, tornemos la vista á Miramar: el nuevo César de México se apresaba á ceñirse la corona forjada por la Francia: su manto imperial está teñido ya con la púrpura de la sangre humana.

Apresurémonos á llegar á la ceremonia de la coronacion.

Los archiduques habian decidido en su ánimo engolfarse en la aventura americana; pero antes de ir al Nuevo-Mundo, tenian que romper los lazos que los ataban en Europa.

Con tal objeto emprendieron su peregrinacion para recorrer las cortes del mundo viejo: ambos salieron de Miramar.

El dia 12 de Febrero de 1864, llegó Maximiliano á Viena: Carlota habia partido para Bélgica.

¿Qué pasó entre el archiduque y Francisco José el emperador de Austria? Nadie conoce los detalles de esa conferencia, y solo dos meses despues pudieron saberse los resultados. A su vez haré mencion de ellos.

El dia 22 se reunieron en Bélgica los dos esposos, y de allí partieron para Francia.

A las tres de la tarde del dia 5 de Marzo de 1864, llegaban á la estacion del camino de hierro el archiduque y la princesa Carlota: allí los aguardaban el ayudante de campo de Napoleon y sus chambelanes, el príncipe de Metternich

y su esposa, el baron y la baronesa de Beyens y el personal entero de las legaciones austriaca y belga.

A los mexicanos residentes en Paris, que quisieron asistir á la recepcion, se les previno formalmente que se abstuvieran de concurrir.

Al punto en que salieron los archiduques del tren, tomaron los carrajes de la corte, y se dirigieron á las Tullerías.

Los príncipes fueron introducidos por el pabellon del Relox, y el emperador Napoleon y la emperatriz Eugenia salieron á encontrarlos hasta el sexto escalon de la escalera.

Allí se abrazaron estrechamente.

Despues de la ceremonia de la presentacion, Maximiliano y Napoleon tuvieron una conferencia secreta; al fin de ella llegó Carlota. Cuando concluyó la entrevista, habian quedado sentadas las bases del convenio que despues de formulado se denominó el tratado de Miramar.

Siete dias permanecieron los archiduques en Paris visitando la ciudad y teniendo frecuentes *soires*.

Napoleon estaba encantado con su hésped, cuyas altas prendas personales supo estimar. Estrechaba su mano con afecto cuando lo oia vertir, en la brillante locucion que poseia, el plan de regeneracion del país que iba á gobernar: y entusiasmado con el acento penetrado de conviccion del archiduque Maximiliano, exclamó al fin:

—“¡Os he tallado un imperio en una mina de oro!”

¡Imbécil pretension! lo que habia tallado era un sangriento sarcófago sobre las rocas del cerro de las Campanas: lo que habia abierto era una tumba adonde con su propia mano debia arrojár á su aliado para escapar mejor de la amenaza yankee!.....

El dia 12 de Marzo partió la pareja archiducal para Lóndres, adonde permaneció dos dias, regresando á Bruselas, y de allí á Viena, adonde llegó el dia 20 de Marzo,

quedándose allí varios dias. Hasta el Juéves Santo salió para Trieste, adonde llegó al dia siguiente.

Por fin, el dia 10 de Abril de 1864 la diputacion mexicana fué recibida solemnemente en Miramar; el castillo y su servidumbre ostentaban un esplendor régio.

Maximiliano aceptó, despues de escuchar el discurso del presidente de la comision.

El nuevo emperador juró entónces en manos del abad mitrado de Miramar y Lacroma, procurar la prosperidad de la nacion mexicana, defender su independencia y conservar la integridad de su territorio.

Ese hombre cumplió su juramento con toda la lealtad de su alma. Si nada logró, fué porque soñaba una empresa insensata, pero llenó su deber muriendo en ella. Pudo salvarse por la fuga, pero era muy digno para recurrir á ella. Al fin de su misión comprendió que habia usurpado el poder de un pueblo; pero prefirió pagar su falta con su sangre, ántes que retirarse forzado de la empresa, como habia hecho Napoleon III, su poderoso, su omnipotente aliado.

Al momento en que Maximiliano lanzaba su terrible juramento, se izaba en la torre del castillo de Miramar la bandera mexicana.

Todos los buques que estaban anclados en el puerto, saludaron aquel nuevo pabellon con sus bocas de fuego.

El entusiasmo de los presentes llegó al delirio: hubo vivas, abrazos, felicitaciones, todo ese vértigo, en fin, del placer satisfecho.

Pero enmedio de todo aquel lujo imperial, enmedio de aquellas serviles ovaciones se presentó severo é imponente, un enviado de la República, un ministro de Juarez que venia á protestar á nombre de su nacion y de su gobierno, contra aquella aceptacion, turbando la fiesta de la coronacion, como la sombra de Banco que iba á helar los brindis de los festines de Macbeth.

Era el ministro Jesus Terán. El diplomático republicano fué invitado á una conferencia con Maximiliano, y al momento adquirió poderosas simpatías por el noble carácter del archiduque. Quiso disuadirlo de su empresa, y le retrató con los mordentes colores de la verdad, la situación positiva del país y con voz profética le auguró cuál sería el resultado de aquella empresa loca.

Todo fué inútil. Maximiliano marchaba ciego para su fatal destino.

El nuevo emperador tenía prisa por serlo, y el mismo día 10 repartió condecoraciones entre los presentes y ausentes, concediéndoles la cruz de la orden de Guadalupe que la regencia, ántes de serlo, había resucitado en México el día 5 de Setiembre de 1863.

Con la misma fecha aparecieron firmados, el tratado de Miramar con sus artículos secretos que tienen la ratificación de Napoleon III signada el día 11, y el pacto de familia.

Dado y aceptado como un hecho el imperio mexicano, preciso es reconocer que el tratado de Miramar era muy ventajoso para México en su parte política, aunque no lo era tanto en la parte relativa al empréstito.

No puedo analizar ese contrato, ilegal é inicuo para la República, pero que demostraba que Maximiliano era un diplomático mas profundo y suspicaz que Napoleon III. No me refiero á los dos representantes que lo firmaban, Carlos Herbet y Velazquez de Leon, porque la apreciación de una obra nunca afecta á los firmones de ella.

En suma, Napoleon firmó un pagaré de honor que lo cubriría de infamia el día que no lo saldara.

El pacto de familia, por el contrario, implicaba una con-

cesion de Maximiliano hecha al emperador de Austria en un momento de debilidad incalificable.

Dos dias antes de la aceptación, es decir, el Sábado, llegó violentamente á Miramar el emperador Francisco José acompañado de los cuatro archiduques, de dos de sus ministros, y de los tres cancilleres del imperio.

Inmediatamente tuvieron con Maximiliano una larga conferencia, en la cual parece que se ejerció alguna coacción sobre el ánimo del presunto emperador; esto lo revelan tres cartas secretas de la correspondencia de Carlota, y una escrita por Eloin tres años despues.

Sea lo que fuere, el pacto se firmó tal como se ha dado á la prensa.

En ese pacto Maximiliano renunciaba á sus derechos de primer agnado de la familia imperial y á las dotaciones provenientes del fondo patrimonial.

Es decir que Maximiliano renunciaba á su derecho eventual á la sucesion de la corona de Austria y á las demas prerogativas adjuntas, obsequiando una ley de familia que prevenia esta dimision para el caso en que una archiduquesa se casara con un príncipe extranjero y no para el archiduque que aceptara la corona de otro país.

Todo era, pues, vicioso en el pacto, la esencia y la fórmula, porque se usó de la minuta invariable que habia redactado la ley predicha. Pero todo se concilió; se dió otra redacción, y el asunto se zanjó con la intervencion de los archiduques Carlos y Leopoldo.

Solo el fondo quedó vicioso, y esto esplica que mas tarde quisiera recobrar Maximiliano sus derechos de agnado.

Pero por entonces tenía sumo anhelo de ser emperador de México y pasó por todo.

Maximiliano nombró sus ministros á las cortes extranjeras el día 11, su ministro de Estado, su secretario y demas empleados de la corte.

Comenzó, además, á prodigar las sumas del empréstito que habia contratado en Paris el día 28 de Marzo de 1864, es decir, trece dias antes de ser emperador.

Perdóneme el lector, pero voy á detenerlo un momento para que presencie la salida de Mirámar, y despues le suplicaré que acompañe en su rápido viaje á esa infortunada pareja que llevada en alas de su ambicion, é impulsada por la villana inspiracion de Napoleon III, vuela á otro continente para ir á hundirse en un precipicio de muerte.

Me complace pintar las últimas horas de placer que se cernieron sobre las régias cabezas de esos dos jóvenes, y tiemblo al llegar con ellos á una vía de sangre adonde iban á estraviarse, para encontrar al fin de ella un cadalso para el príncipe y al pié de él á la locura sentada, aguardando á la viuda imperial para envolver en su manto de nubes su bella cabeza y ocultarle así su inmensa desgracia.

Hoy son todavia los príncipes de Hapsbourg, de altas prendas y de simpáticas cualidades: mañana serán los usurpadores de la libertad de mi suelo y tendré entonces que ser severo en mis apreciaciones.

Pero no divago mas.

El juéves 14 de Abril de 1864 era el dia fijado para la partida.

Hasta el medio dia el mar estuvo agitado, como si las olas del Adriático quisieran estorbar la marcha del príncipe que hospedaban, aprisionándolo en su arrecife.

Al medio dia cayó el viento, el mar se puso azulado y terso, y el sol vertia su luz de oro, dejando percibir á lo lejos los picos de los Alpes Hirios ceñidos con su diadema de nieve.

El pueblo de Trieste se agrupaba en los muelles y cubria

el camino que va de la ciudad al castillo: querian ver por última vez á su príncipe Max, como le decian cariñosamente. Es que las masas en su instinto soberano tienen el presentimiento de las desgracias del futuro; adivinaban que solo volverian á ver el cadáver del archiduque.

A las dos de la tarde, Maximiliano y Carlota, con los brazos enlazados, atravesaron el terrado del castillo de Miramar y descendieron la escalera de mármol que baja hasta la mar. Una inmensa aclamacion saludó á los dos soberanos, como en el círculo romano saludaba el pueblo á los gladiadores que iban á morir.

Los emperadores descendieron al bote cubierto con un dosel de oro y púrpura que los llevó á la "*Novara*": las embarcaciones que estaban en la rada izaron sus pabellones y las salvas de artillería hicieron estremecerse el espacio. El comandante del buque, Morier, pidió permiso á Maximiliano y mandó levantar el ancla.

La *Novara*, y la *Themis* que la escoltaba, siguieron la costa oriental del Adriático á lo largo de Istria y Dalmacia, pasaron frente á Parenzo, Povigno y Pola, dejaron á su espalda la isla Grosso, cortando al fin, oblicuamente, para llegar á la costa occidental de Italia.

Al fin el dia 18 anclaron en la rada de Civita-Vecchia.

A las tres de la tarde desembarcaron Maximiliano y Carlota con su comitiva. Tuvieron un espléndido recibimiento, haciéndoles los honores las tropas italianas y francesas.

Los príncipes fueron á hospedarse en Roma en el palacio Marescotti.

El Mártes 19 el emperador y la emperatriz se dirigieron al Vaticano. Pio IX los recibió á solas: ¿qué pasó en aquella larga conferencia? La mision de Meglia vino mas tarde á demostrar que el viage á Roma habia sido el cumplimiento de una vana fórmula, ó que la diplomacia papal no olvida las tradiciones de su origen italiano.

El día 21, despues de pasar las horas trascurridas en convites, conferencias y ceremonias religiosas, volvieron á embarcarse los viajeros. El día 25 llegaron frente á Gibraltar.

Despues de detenerse allí algunas horas, continuaron su viage, tocaron la Martinica, y por fin el día 28 en la madrugada estaban frente á Veracruz: á las dos de la tarde anclaron los buques frente al castillo de Ulúa, aunque la *Thémis* se habia anticipado un poco, con el pretexto de conducir á Almonte, que habia sido llamado por el telégrafo, á bordo de la *Novara*.

¿Quería Maximiliano llegar solo, y que la primera poblacion de México no lo viera arribar escoltado por los franceses? ¿Comenzaba á comprender lo impolítico que era un imperio intervenido por extranjeros?

Al día siguiente desembarcaron los soberanos, enmedio del recibimiento frio y receloso de la poblacion: las descripciones oficiales han mentido, pintando un entusiasmo que no existia.

Dejemos que el emperador y la emperatriz sigan su camino pasando bajo los arcos de flores que costeaban el erario y los fondos municipales de los pueblos y ciudades del tránsito.

Pasemos en silencio tambien las festividades con que fué recibido en la capital. Las ovaciones públicas son tan efímeras y tan poco espontáneas, que casi nunca merecen que se les consigne en el rango histórico.

Segun el programa oficial, Maximiliano debia detenerse un día en la villa de Guadalupe: esta posa era una tradicion de la época de los vireyes que no debió haber imitado el archiduque: era muy fácil que el pueblo de México hiciera un recuerdo de mal agüero, y que comparara creyendo que el nuevo emperador era solo un virey del emperador de los franceses.

En efecto, el día 11 de Junio de 1864 hicieron su entrada los jóvenes reyes á Guadalupe enmedio de una numerosa concurrencia, y con todo el aparato posible.

Desde entónces comenzó á notarse que el principal papel en aquellas festividades lo hacian las clases acomodadas: el pueblo presenciaba todo, pero mudo y conservando un retraimiento glacial.

Pasada la ceremonia religiosa que tuvo lugar en la iglesia de Guadalupe, los soberanos se alojaron en la misma colegiata.

Al día siguiente, 12 de Junio de 1864, llegaron Maximiliano y Carlota á la capital de México. El imperio no era el triunfo de un derecho, pero era un hecho. Traia por lema: "LA EQUIDAD EN LA JUSTICIA."

El porvenir justificaria la esactitud de su aplicacion.